

ALBERTO ECHEVERRIA

UN COMENTARIO ACERCA DE LA OBRA DE J. L. Y B. HAMMOND "THE RISE OF MODERN INDUSTRY"

(HARCOURT. BRACE, 1926)

Este pequeño libro, ambicioso, pero estimulante, se divide en tres secciones principales que revelan en forma significativa el espíritu con que fué concebido. La sección media está dedicada a un análisis concreto de los diversos aspectos técnicos de la revolución industrial, en tanto que, la primera y la última, tituladas "El comercio antes de la revolución industrial" y "Las consecuencias sociales" respectivamente, sirven para colocar a la revolución misma en una perspectiva histórica que aunque no siempre exacta ni consistente, es sin embargo valiosa y hasta cierto punto original.

La intención principal de la primera sección es explicar cómo y por qué Inglaterra llegó a ser no sólo la primera, sino también el prototipo de las naciones industriales. No hay sin embargo, intento spengleriano alguno para demostrar lo históricamente inevitable de este fenómeno, sino meramente un examen honrado de los hechos, bien apoyado en una amplia documentación.

Inglaterra compartió inevitablemente las ventajas de los demás estados del Atlántico después del descubrimiento de América, simplemente en razón de su situación geográfica. La historia de la eliminación o más bien subordinación sucesiva de los rivales de Inglaterra a medida que progresaba la gran revolución comercial de los siglos XVI y XVII es demasiado conocida para repetirla. Pero los Hammond llaman nuestra atención acerca de dos factores de importancia trascendental que conviene tener presente. Primero, las colonias inglesas no eran de tal naturaleza que paralizaran sus industrias como era el caso de las colonias de España; segundo, su escaso desarrollo económico le impidió entrar demasiado pronto en una competencia comercial de gran escala, lo que paradójicamente constituyó una ventaja decisiva, ya que los países europeos del siglo XVI no estaban política ni socialmente preparados para esa combinación especial de manufactura y comercio con la que Inglaterra tendría tanto éxito más adelante.

Bajo estas circunstancias, ese juego especialísimo constituido por el despotismo benevolente de los Tudores, el parlamentarismo semidemocrático y las doctrinas extrañamente flexibles del anglicanismo, floreció en el siglo XVI en una nueva actitud hacia la vida, que mientras por un lado pedía a Francia y otros países ideas prestadas, llevaba por otro, un sello definitivamente inglés. Porque aunque los ingleses compartían plenamente el optimismo del pensamiento racionalista del Continente, eran a la vez íntimamente desconfiados de los sistemas y nunca llegaban a creer totalmente que un sistema inventado por el hombre podría ser superior al hombre mismo. En esta forma el comercio ganó un prestigio que nunca antes había logrado: fue liberado de la religión, por el racionalismo científico y la actitud transigente del anglicanismo; el mereader

inglés, aunque de ninguna manera debidamente representado en el Parlamento, era mucho más poderoso que sus colegas continentales; y la aristocracia inglesa, a diferencia de la nobleza francesa no sólo era políticamente poderosa sino que también, intensamente interesada en aumentar su prosperidad que descansaba en gran parte sobre el comercio.

El antecedente fundamental, mirado aisladamente de la revolución industrial en cualquiera parte del mundo fué en duda la revolución del transporte. Aquí los Hammond demuestran nuevamente cómo la solución inglesa del siglo XVIII de este tremendo problema fué peculiarmente apropiada a los tiempos y a las características de la raza. En 1700 las carreteras inglesas, aun las viejas "calles" romanas eran considerablemente inferiores a las de Francia. En aquella época las "postas" demoraban una semana entera de York a Londres. Las facilidades para el transporte de mercaderías eran infinitamente menores a pesar de las necesidades urgentes de la industria textil que clamaba por alguna acción en su favor. Por consiguiente, durante la primera mitad del siglo XVIII los Turnpike Trusts fueron constituidos por una "Private Act of Parliament" que colocó la construcción y el mantenimiento de las carreteras en manos de la iniciativa particular. Este solo hecho ilustra mejor que ningún otro el papel extraordinariamente importante que el individuo de la aristocracia gobernante debía jugar en una capacidad semipública y semiprivada; un papel que debía ser llevado a la fruición en las etapas posteriores de la revolución industrial. Huelga decir que el plan tuvo éxito en Inglaterra; es a lo menos extremadamente dudoso que este sistema hubiera tenido éxito en cualquiera otra parte.

Dos antecedentes negativos ocupan un lugar importante en el análisis que hacen los Hammond de la revolución industrial: la destrucción de la aldea y la destrucción de la relación directa entre el artesano y el consumidor. El primero es especialmente importante ya que demuestra con gran claridad las tendencias divergentes de las sociedades en Francia e Inglaterra. En ésta el movimiento de los cercados de los siglos XVI a XVIII tienen un carácter muy diferente; en el primero el alza de los precios y la expansión de la industria pañera estimularon la agricultura para el mercado, lo que a su vez fomentó el cercado de una buena porción de los bienes comunales. Aunque los cercados en este tiempo dislocaron la vida aldeana hasta cierto punto, los aldeanos no fueron en manera alguna exterminados como clase y en verdad continuaron floreciendo a través de los siglos XVI, XVII y comienzos del XVIII. Pero en la época del segundo movimiento de los cercados, la revolución Whig era cosa del pasado y el poder político estaba sólidamente en las manos de la aristocracia territorial y no de la corona. De esta manera, cuando el imperio empezaba a mostrar sus posibilidades aparentemente ilimitadas, la aristocracia se encontraba en situación y con la voluntad de tomar plena ventaja de su poder sobre el desvalido aldeano. Los experimentos de Jethro Tull y Turnip Townshed quitaron a la explotación estrictamente agrícola de la tierra su carácter aldeano y las demandas siempre crecientes de la industria textil dieron a la tierra un tono industrial des acostumbrado. En Francia, la aristocracia sometida de una vez y para siempre por Richeulien jamás jugó parte tan activa en la vida económica de la nación. Allí también fue destruido el sistema manorial de golpe y a favor del aldeano. En las palabras de los Hammond, "cuando la aldea medioeval desapareció en Francia, el aldeano se hizo propietario, mientras que cuando desapareció en Inglaterra, se hizo jornalero". Una diferencia que anuncia el destino de ambas.

La máquina a vapor de Watt, los descubrimientos de Abraham Darby y Henri Cort en la elaboración del hierro y la serie de invenciones relacionadas con la industria del algodón hasta la de Whitney en 1793, son extraordinarios y aun espectaculares por la brusquedad con que aparecieron y por sus tremendos efectos. El aumento de la producción, la destrucción de la vida hogareña del individuo y la absorción del mismo por la fábrica, las ilimitadas posibilidades abiertas a la iniciativa por el desarrollo de la industria pesada son todos consecuencias, sin duda, de aquellos históricos descubrimientos e invenciones; pero constituiría una miopía atribuirlos exclusivamente a Watt, Darby y Cort. En un pasaje referente a los problemas de Boulton en su fábrica que condujeron finalmente a la aplicación con éxito de la invención de Watt, los Hammond nos informan que Boulton consultó a Benjamín Franklin y que este gran estadista "le dió consejos, que si hubieran sido adoptados por la época, habrían salvado, al mundo de muchas de las calamidades que siguieron a la invención de Watt". Aquellos consejos eran una alternativa técnica simplemente a la solución de Watt y que se aplicaban sólo a los problemas especiales de Boulton. En otras palabras, los Hammond sugieren que si Watt hubiera fracasado la máquina a vapor no habría aparecido y por consiguiente los horrores de la revolución industrial habrían podido evitarse.

Puede dudarse seriamente de tales proposiciones no solamente en vista de las invenciones concomitantes de otros hombres, sino también considerando los antecedentes sociales y políticos que condujeron a todos estos avances importantes en las artes me-

cánicas. Dificilmente puede suponerse que los fabricantes de hierro de fines del siglo XVIII, un grupo emprendedor e ingenioso, hubiera fracasado tarde o temprano en su intento de llegar a una solución análoga a la de Watt. Aun quizás no sería demasiado atrevido afirmar que, dado el carácter de la época tal suceso no habría debido postergarse por mucho tiempo.

Como quiera que esto sea, las consecuencias sociales de este gran fenómeno son evidentemente catastróficas desde un punto de vista puramente humano. Lo que los Hammond llaman "la sombra del comercio de esclavos" es obviamente la continuación y exacerbación de un estado de ánimo bárbaro que habría podido atenuarse por los sentimientos humanitarios de los racionalistas de la ilustración sino hubieran tenido que enfrentarse con una revolución. La psicología que permitió la esclavitud y la explotación de las lastimosas caricaturas de niños como eran los del principio del siglo XIX fué la consecuencia directa de una situación en que la máquina y sus necesidades insaciables había llegado a dominar al hombre. El criterio de las utilidades y las aparentemente ilimitadas posibilidades de obtenerlas fueron responsables de la postergación brutal de toda consideración por los derechos y las libertades humanas. La única respuesta a las cuestiones interminables que concernían al destino y la felicidad de grandes masas humanas fué "preguntad al capital". Y el capital, naturalmente, renunció a la tarea de hacer una sociedad para crear en cambio un sistema de producción. Verdaderamente era esto la maldición de Midas.

En este mundo caótico se elevaron algunas pocas voces generosas para protestar: Owen, Fielden, John, Wood y otros. Pero sus demandas radicales servían sólo para antagonizar a los beneficiarios del desastrosado sistema. Debía ser la tarea de un grupo más poderoso, el partido de los Whigs y más tarde el de los Tories iniciar un movimiento efectivo de reforma. En verdad en esta sola palabra, reforma, se resume toda la filosofía de los liberales, pues aunque reconocían que el viejo sistema feudal había desaparecido para siempre y que el antiguo principio de las obligaciones mutuas había cedido su lugar al de los derechos del hombre y aunque sus victorias políticas eran altamente significativas de su ruptura con el pasado, se negaban a ir más lejos y se atrincheraban firmemente en la idea que el mundo contemporáneo era bueno en el fondo. Los derechos del hombre eran respetabilísimos.... en cuanto no afectaban a los negocios.

Una sociedad mejor y más sensata emergió dolorosamente y a tropezones gracias a los esfuerzos de los liberales. Los Hammond ensalzan las buenas cualidades de esta sociedad y creen que tal como fué posible para Roma dar al mundo un sistema jurídico después de haberle dado un sistema de explotación, así Inglaterra y con mayor razón Estados Unidos darían al mundo un sistema feliz de explotación del trabajo regulado por la sociedad.

Los buenos marxistas no creen en tal posibilidad. No ven alternativa alguna que no sea la destrucción del monstruo. En verdad ellos aún esperan quien los desmienta.